

Diego García de Moguer: “El Descubridor”

Como en la carta que me escribió el Ilmo. Sr. D. Jorge Juan Guillén Salvetti, Secretario General de la Asamblea Amistosa Literaria, comunicándome mi nombramiento como Miembro de dicha Asamblea, me adjuntaba una carta que le envió Jorge Juan y Santacilia al Marqués de la Ensenada, haré unos cuantos comentarios sobre la misma.

En dicha carta aparecen subrayados, por alguien de la Asamblea, la complacencia de Jorge Juan por la anuencia del Marqués en todo lo relativo a la recién nacida Asamblea y, su postrer lamento, por habersele “trocado los bolos” y tener que permanecer resignado en su “rincón”, sin poder inaugurar en Madrid la Academia de Ciencias de España.

Al final de esta carta, Jorge Juan, le decía al Marqués de la Ensenada que “había llegado Cerdá con el navío El Septentrión y 700.000 pesos, y que dentro de un mes lo haría Hevia con 8 millones de pesos y 1.500 zurrones de guano”.

Pues bien, estos últimos renglones de la carta, o sea, los no subrayados, fueron los que me trajeron a la mente nombres tan destacados de la Casa de Contratación de la Coruña como los de Hernando de Andrada (Conde de Villalba), Cristóbal de Haro, representante en España de los poderosos Függer, Alonso de Salamanca y Ruy Basante, que, junto con el Rey Carlos I, depositaron su confianza en Diego García de Moguer, como Capitán General de la expedición que partió de la Coruña el día 15 de enero de 1526 con rumbo al Río de la Plata, corriendo con todos los gastos que la misma provocara.

Por eso, no tiene nada de extraño, que hoy y aquí, quiera aprovechar la ocasión, que me brinda la Asamblea Amistosa Literaria,



para hablarles a todos Vds. de este singular personaje que fue Diego García de Moguer, que a pesar de todo lo que descubrió por esos anchurosos mares, casi nadie lo conoce.

En primer lugar dejaré bien sentado que Diego García fue uno de los navegantes que más veces estuvo por el Río de la Plata, porque navegó por sus aguas en 1516 acompañando, como Maestre, a Juan Díaz de Solís, en 1520 fue con Magallanes y Elcano y en 1528-1530 al mando de su propia flota y, para los que lo señalan como descubridor del Río de la Plata, estuvo además por allí el año 1512, al mando de su nave, y como incógnito, según Martín Alfonso de Souza, el año 1531.

La verdad es que, en la primera mitad del siglo XVI, el Río de la Plata estuvo muy concurrido. Por allí pasaron, entre otros, muchos y curtidos navegantes como Joao de Lisboa, (1513-1514), Cristóbal de Haro y Nuno Manuel, (1514), Juan Díaz de Solís, (1516), Magallanes y Elcano, (1520), Rodrigo de Acuña y Cristóbal Jacques, (1521), Sebastián Caboto, (1527-1530), Pedro de Mendoza, como primer Adelantado del Río de la Plata, y el mismo Salazar que fundó Asunción, (1536), y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo Adelantado del Río de Plata, (1541).

Uno de los motivos por el que fueron tantos navegantes al Río de la Plata fue sin más, el de enriquecerse, el de hacer fortuna, aunque en sus capitulaciones figuraran otras metas, como lo demuestra el hecho de que nada más escuchar las fantasías que circulaban desde Pernambuco hasta el Río de la Plata, sobre el Rey Blanco y lo que se contaba sobre las entrañas del Cerro Rico, o sea, de la sierra de plata, muchos de ellos se olvidaban de las Indias Orientales y por allí se quedaban navegando por los Ríos Paraná, Paraguay, Uruguay, Picomayo, Bermejo o Carcarañá intentando llegar al alto Perú, a las minas de Potosí.

El origen de otro de los motivos, por el que los navegantes iban por el Río de la Plata, lo marcó el 25 de septiembre de 1513, o sea, el día en que Vasco Núñez de Balboa, desde las cumbres de la cordillera



del Chucunaque del istmo de Panamá divisó el Mar del Sur, el Océano Pacífico, y cayendo de rodillas tomó posesión de sus aguas en nombre de la monarquía hispana, blandiendo el pendón de Castilla y proclamando con voz solemne la nueva condición de soberanía de dichas aguas, porque ese día quedó al descubierto que, en lugar del continente asiático como muchos esperaban, lo que había detrás de las tierras conquistadas era la masa de agua más grandiosa del planeta Tierra que baña a la vez tierras antípodas, distantes entre sí 20.000 Km., como es el caso de Borneo y Colombia.

Y es que Vasco Núñez de Balboa creó la necesidad, que se mantendría incluso después de descubrirse el Estrecho de Magallanes, de encontrar un paso interoceánico americano, que trasvasase aguas entre los dos océanos más grandes de la Tierra, el Atlántico y el Pacífico, que no sólo permitiera a las naves pasar de uno a otro océano como haría, por ejemplo, el Estrecho de Magallanes, sino, que “redujera”, el número de millas marinas a navegar entre la Península Ibérica y la especiería, aproximando la vieja Europa a los tesoros y riquezas de las Islas de las Especies.

Porque yendo, por ejemplo, desde los 36° N. de latitud del Estrecho de Gibraltar hasta los aproximadamente 8° N., del Canal de Panamá, atravesándolo y prosiguiendo después por todo el Pacífico hasta las Islas de las Especies, hasta las Malucas, o Molucas, en el entorno de los 0° de latitud, se acortaría en miles de millas el recorrido que hacían los barcos que pasaban por el Estrecho de Magallanes, de latitud, nada menos, que de 52° S, para ir a dichos parajes.

No obstante, como el retraso tecnológico imperante en aquellos tiempos, impedía sacar a flote una obra de la envergadura del Canal de Panamá que conocemos hoy día, como bien pudo comprobarlo Carlos I cuando mandó realizar un estudio topográfico por lugares, más o menos próximos, al emplazamiento por el que discurre actualmente dicho canal, lo único que cabía esperar, según nuestro relato, era que



hubiera un brazo de mar que cruzara, de forma natural, a lo ancho, el continente americano.

De ahí que, desde entonces, todas las miradas confluyeran en el grandioso estuario de los ríos Paraná y Uruguay, del Río de La Plata como se le llama desde mediados del siglo XVI. Por eso se puso de moda este río, aunque al no ser el paso interoceánico que se buscaba, hubo que esperar a que se construyera, a principio del siglo XX, el Canal de Panamá.

La primera expedición al Río de la Plata fue la del portugués Martín Alfonso de Souza que fundó, (1506), el puerto de los Santos, y es posible que el cosmógrafo florentino Américo Vespucio, (1451, 1512), que estuvo asociado con el armador Berardi, fuera también uno de los primeros en visitar este río, aunque con los documentos que se manejan hoy día nadie puede asegurarlo, porque aunque es cierto que en sus famosas cartas afirma que hizo cuatro viajes a América, son muchos los que piensan que los que él fecha en los años 1497 y 1503 no los hizo.

Está comprobado que Américo Vespucio marchó, en 1499, en una de las 4 naves españolas, que a las órdenes de Alonso de Ojeda, exploró el norte de Sudamérica, y que en las costas de la Guyana su barco dejó, con rumbo sur, al resto de la flota descubriendo la desembocadura del Amazonas, llegando hasta el cabo de San Agustín en Brasil y, que de regreso a España, pasó frente a la desembocadura del río Orinoco.

Por otro lado, los Reyes Católicos ajustándose al Tratado de Tordesillas, le negaron el permiso que él solicitó para volver por la zona del Brasil, por lo que decepcionado marchó a Lisboa, desde donde partió en 1501, con la flota que dirigía Gonzalo Coelho a visitar las tierras que Pedro Alvarez Cabral había explorado como descubridor oficial del Brasil, (22 de abril de 1500). Lo curioso es pensar que hubo navegantes que pasaron por esas tierras antes que Cabral, su



descubridor, como fue el caso, por ejemplo, de Vicente Yáñez Pinzón, que se le adelantó en tres meses.

Es posible, como decía Américo Vespucio, en una de sus cartas, que a partir de febrero de 1502, después de recorrer de nuevo las costas del Brasil y detenerse el 17 de agosto de 1501 en la Bahía de Río de Janeiro, llegara a la altura del Río de la Plata y continuara su periplo 500 leguas hacia el sur, hasta un lugar de la costa patagónica que él llamó Cananor, a 50° S., y que el 7 de abril de 1502 llegara, arrastrado por un fuerte temporal, a las Islas Malvinas.

Sin embargo, y aunque Roberto Levillier, defiende la veracidad de los escritos de Américo Vespucio, al no haber en las cartas de éste referencia alguna sobre ese espacio tan espectacular e imponente que es el del estuario de los ríos Paraná y Uruguay, o sea, el de la entrada al Río de La Plata, siembra de dudas todo lo que él narra, porque es imposible le pasara desapercibida la aparatosa bocana del Río de la Plata si por ella hubiera navegado; máxime cuando en los mapas portugueses de Sudamérica, de aquellos tiempos, no aparecían lugares de latitud sur superiores a los 25°. No obstante, debemos reconocer, que sus comentarios sobre las muy frías Islas Malvinas fueron tan acertados que, en cierto modo, insuflan algo de razón a Levillier.

Sea como fuere, lo que sí mostró al mundo Américo Vespucio fue su gran visión geográfica al darse cuenta, según decía en 1503 en uno de sus escritos, después de reflexionar sobre las configuraciones de las costas y las dimensiones de los territorios de Asia y los de esa gran masa de tierra que descubrió Cristóbal Colón por el Atlántico occidental, que era un Mundo Nuevo y no las Indias Orientales, como pensaban muchos navegantes de la época.

El premio a tan acertado augurio, confirmado según lo dicho por Vasco Núñez de Balboa, le vino de la mano de Martín Waldseemüller, miembro de la Academia de Saint-Dié, que, en 1507, en su "*Cosmographiae Introductio*" incluyó un mapa en el que por primera vez



se le llamaba América al Mundus Novus, en honor de Américo Vespucio.

Así pues este cosmógrafo, con todas sus imprecisiones náuticas y sus errores al determinar coordenadas geográficas en sus viajes, le sacó el máximo rendimiento a sus cartas, a sus escritos, como fue el que se le pusiera a todo un continente su nombre, en femenino porque éste era el género de los restantes continentes, como nunca antes se había hecho con el de ninguna otra persona, e incluso se creara ex profeso para él, en 1508, el cargo de Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, cargo que prácticamente le convirtió en el máximo mandatario de la navegación española.

Vistas así las cosas, la historia colonizadora del río de La Plata se inicia, oficialmente, con Juan Díaz de Solís que, con un pasado escabroso ligado a veces con la piratería, era un experto marino que había estado ya por el Caribe con Vicente Yáñez Pinzón y sucedido como Piloto Mayor a Américo Vespucio.

Aunque oficialmente el que descubrió el Río de la Plata, es Juan Díaz de Solís, sin embargo, para el historiador argentino Manuel Ricardo Trelles, su descubridor fue Diego García que estuvo en el Río de la Plata en 1512, como se deduce del comunicado final de su Memoria de Navegación del viaje que éste le envió a S.M. el Rey Carlos I, o sea tres años antes que Solís, y argumenta contra los que afirman que ese mismo año 1512 Juan Díaz de Solís también estuvo en dicho río, que esto no fue posible, porque la expedición que tenía proyectada para ese año Solís, no sólo no tenía nada que ver con el Río de la Plata, ya que su destino era el Lejano Oriente, a través de la “Ruta del Cabo de Buena Esperanza”, sino que se suspendió.

Lo que sí se le encargó, en primicias, en noviembre de 1515, a Juan Díaz de Solís, fue que encontrara un brazo de mar que atravesara el continente americano de un lado a otro, o sea, que trasvasara agua entre los dos océanos Atlántico y Pacífico. Para ello, Díaz de Solís, salió



el 9 de octubre de 1515 de Sanlúcar de Barrameda con la nao capitana que él mismo pilotaba y dos bajeles al mando de Martín García y Francisco de Torres, cuñado de Solís, figurando como maestre de una de ellas Diego García.

El 20 de marzo de 1516 llegaron a la Isla de Lobos, en la entrada misma del Río de la Plata, y a la Punta de Maldonado, en las inmediaciones del actual Montevideo donde llevaron a cabo el acto protocolario, con todo lujo de detalles, clarines, tamborileo y todo lo concerniente a la toma de posesión de aquellas tierras por la Corona de Castilla. Tras un terrible temporal, frente a una costa peñascosa, descubrieron un gran entrante del mar, con una enorme bocana, que les hizo pensar a todos ellos, a Díaz de Solís y a los suyos, que estaban en la entrada del paso interoceánico que iban buscando.

Después, durante dos meses, siguieron explorando por la orilla norte del río de la Plata, del Mar Dulce como él llamara a esa inmensa masa de agua procedente de las desembocaduras de los ríos Paraná y Uruguay. Llegaron hasta el Río de los Patos y navegaron después hasta llegar a las islas San Gabriel y Martín García, nombre que le dieron a esta última en memoria del piloto muerto en la travesía.

En esta isla, le esperaban con gritos supuestamente de bienvenida unos cuantos indígenas, con peces y algún que otro “obsequio”. Díaz de Solís, que pocas veces había permitido a los tripulantes de sus naves descender de las mismas, por miedo a la animadversión que en algunas zonas mostraban los nativos hacia los conquistadores, decidió bajar para agradecerles, a los que con tanto alborozo parecían recibirles, sus muestras de amistad y afecto. Acompañado de unos cuantos hombres de su confianza puso pie a tierra, para unirse al grupo de indígenas.

El espectáculo fue dantesco, como para no contarlo, pues los indios guaraníes que eran antropófagos, después de descuartizar a Díaz



Solís y a los suyos se los comieron. El único que se salvó, por ser un niño de 14 años, fue el grumete Francisco del Puerto.

Los que se quedaron en el barco, viendo la cruel y ruin emboscada, hicieron algunos disparos con las piezas de artillería que portaban y huyeron despavoridos, a toda vela, del macabro lugar.

Impresionó tanto el suceso que la decisión de volver a España se hizo inaplazable, Francisco Torres, cuñado de Solís, tomó el mando de la expedición, y Diego García el de una de las naves. Al pasar frente a la isla de Santa Catalina perdieron una de las naves que se había rezagado, por lo que siete de los náufragos volvieron a Europa con un barco portugués que por allí navegaba, seis se quedaron en el puerto de los Patos, y cinco, entre ellos, Melchor Martínez, Enrique Montes y Alejo García, convivieron por los parajes del Río Massiambu con los Guaranís.

Como algunos de estos náufragos, se casaron con familiares del jefe indio Tupá Vera, a partir de entonces, se dispuso de una especie de vínculo de enlace, de amistad, con los Guaranís, y como según decía Luis Ramírez en su testimonial carta, los de esta tribu “andaban desparramados por esta tierra y por otras muchas ...”, o sea, formaban una extensa y densa red por Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia, etc., no es extraño, por lo tanto, que Alejo García, por ejemplo, aprovechara esta plataforma para realizar su arriesgada singladura hacia el Cerro Rico, acompañado por más de 2.000 indios Guaranís, cuatro de sus compañeros y un hijo suyo nacido en América. Al regresar, sin embargo, lo mataron los indios Payaguás, junto a muchos de los que le acompañaban. Sólo su hijo y unos cuantos más llegaron al este de Brasil y pudieron contar todo lo que habían visto y había sucedido.

De lo dicho por Diego García, sobre que “sirvió en la costa y estrecho que va a la Mar del Sur”, se deduce que formó parte de la expedición de Magallanes-Elcano, (1519-1522), que se inscribió en la



misma con el nombre de Diego García de Trigueros, pues éste fue el único Diego García que salió de Sevilla, con dicha flota, que en los dos primeros meses de 1520, mientras Hernán Cortés conquistaba el Imperio Azteca y antes de encontrarse el paso interoceánico del Estrecho de Magallanes, estuvo recorriendo junto con Magallanes y Elcano el Río de la Plata para asegurarse de que el Mar dulce de Solís no trasvasaba aguas entre los océanos Atlántico y Pacífico y, que fue uno de los primeros que circunnavegaron el planeta Tierra.

En la más importante de sus expediciones al Río de la Plata, como Capitán General de su flota, (1526-1530), que ya comentamos al principio de nuestra alocución, coincidió con Sebastián Caboto, en el puerto de la isla canaria de La Palma, antes de que ambos pusieran rumbo hacia el Cabo brasileño de San Agustín; el primero en hacerlo fue Sebastián Caboto, porque Diego García, que quería llegar al Río de la Plata entrado el verano, en pro de una navegación más tranquila y segura, tardó aún varias semanas en proseguir la marcha, haciendo escala en la isla Buena Vista de Cabo Verde antes de dirigirse al Brasil.

Ya en América y por separado, pasaron por la Bahía de Todos los Santos, por los parajes de Abre el Ojo, en los que tuvieron que alejarse de la costa, a lo largo de unas 90 leguas, por los bajos que por allí existían. Costearon Cabo Hermoso, 22° S., y Cabo Frío, 22° 59' S, que están muy próximos al trópico de Capricornio, 23° 27' S, en cuyo cenit se encuentra el Sol al medio día del 21 de diciembre, o sea, el día más largo del año en todo el Hemisferio Sur, en el que se inicia el verano por aquellas latitudes.

Siguiendo su ruta pusieron rumbo a San Vicente, 23° 56' S, nombre con el que bautizó Américo Vespucio a la primera colonia estable que los portugueses tuvieron en América. Caboto, que le había tomado la delantera a Diego García fue el primero en llegar, (el 21 de febrero de 1527), al Cabo de Santa María, a la entrada misma del Río de la Plata. El 8 de mayo, emprendió sus exploraciones por el Río Paraná, dejando sus naves en el puerto de San Lázaro y doce hombres como



salvaguada de lo que allí poseían. Pasaron tanta hambre estos hombres, que un día, además de comerse los ratones que encontraron, se comieron a uno de los dos perros que tenían.

En la zona donde el Río Paraná recibe las aguas del Río Carcarañá, Caboto construyó el fuerte Sancti Spíritus, primer asentamiento español en la Argentina, (1527). Por este fuerte pasaron representantes de todas las tribus del contorno, los Carearais, Chanais, Beguasj, Timbús, Timinis, etc. Los Querandis, por ejemplo, además de darle mucha información, a Caboto, sobre el Cerro Rico y el Rey Blanco le dijeron que por el otro lado del cerro, refiriéndose al Pacífico, había una mar que crecía y menguaba mucho y súbitamente.

Caboto, después de enterarse del camino a seguir para alcanzar las riquezas que buscaba, dejó una dotación de treinta hombres en el fuerte, al mando del capitán Gregorio Caro y, con el resto del personal, la galera y un bergantín, marchó por el Río Paraná arriba. Por ejemplo, en un amanecer cercaron las casas de los Timbús, y sin resistencia alguna mataron a muchos de ellos y a otros los prendieron. Tomaron toda la harina que encontraron en las casas, y éstas las quemaron.

Era tal el hambre, de los hombres de Caboto, que al llegar a una isla saltaban como lobos hambrientos por la comida, iban de una isla a otra, buscando yerbas de cualquier clase buenas o malas. El que mataba, por ejemplo, una víbora, de las que había muchas, grandes y ponzoñosas, era un afortunado y se daba un festín comiéndosela. En estas condiciones llegaron a la boca del caudaloso Río Paraguay que, según los indios, iba hacia el Cerro Rico.

Después de mucho navegar por él llegaron a caseríos de indios más o menos pacíficos, donde saciaron su hambre y, en el puerto al que le pusieron de nombre Santana, estuvieron treinta días recogiendo alimentos y observando la abundancia de indios que exhibían sus orejeras y planchas de plata y oro, hasta el extremo que Caboto, envió



a Francisco del Puerto a que se informase de donde traían tanto oro y plata y quien se lo proporcionaba.

Adentrándose ya por el Río de la Plata, Diego García, dejó las naves también en el puerto de San Lázaro, junto a las de Caboto, y cogiendo el bergantín empezó a escudriñar, él y sus mejores hombres, leguas y leguas del Río de la Plata.

Después de recorrer veinticinco leguas, por este río arriba, halló dos naos en las que viajaba como teniente de las mismas, Antón Grajeda, febrero de 1528, un compañero de Diego García, al que éste pronto reconoció, yéndose con él a su nao. Allí, como Capitán General de su flota, fue cumplimentado por su amigo, contándole éste todo lo que su Capitán General, Sebastián Caboto, hacía por aquellos lares, por ejemplo, le dijo que Caboto, hacía unos días, había muerto a más de quinientos indios, y que iba victorioso por el río guerreando a los indios.

Cuando Francisco del Puerto, después de hacer las pesquisas pertinentes, informaba a Caboto de que el oro y la plata, que exhibían los indios del lugar, se los proporcionaban los indios Chanduls, a cambio de canoas, le llegó a Caboto la noticia de que habían entrado naves en el Río de la Plata y estaban juntas a las suyas.

Mientras Diego García, con su bergantín se presentaría en el fuerte del Sancti Spíritus. La entrevista que sostuvo con Gregorio Caro fue tensa, porque exigió con contundencia que se cumplieran las cláusulas de las Capitulaciones de su viaje, en las que se decía de forma explícita que la conquista de aquellos territorios le correspondían única y exclusivamente a él. Al final Caro se puso a disposición de Diego García y éste se comprometió a hacer todo lo posible por liberar a Sebastián Caboto y a los suyos, si los tenían cautivos los indios.

No obstante, no era esto lo que acontecía porque, Caboto, informado de nuevo sobre la llegada de naos al Río de la Plata y estando quedándose sin hombres y alimentos, retrocedía río abajo por el Paraná hasta ver aparecer dos velas que resultaron ser, según le dijeron,



embarcaciones de una armada del Rey Carlos I al mando, del Capitán General Diego García.

Después de este encuentro, a los pocos días Diego García y sus oficiales fueron a comer a la galera con Caboto, 7 de mayo de 1528, y acordaron hacer media docena de bergantines y subir todos juntos por el río. Pero la cuestión fue que nada más iniciarse esta colaboración, los indios destruyeron el fuerte del Sancti Spiritus y ambos, que seguían sus exploraciones por el Río Paraguay, decidieron regresar para defender a los suyos cuando lo que les esperaba era una visión agónica de la vida, un espectáculo macabro, porque atónitos pudieron contemplar con estupor como flotaban, en las aguas, los cadáveres de sus compañeros. Este fue el punto y final de la gris estancia de ambas flotas en el entorno del Río de la Plata, porque tanto Diego García como Sebastián Caboto, decidieron regresar a España.

A pesar de lo que acabamos de narrar, a Diego García de Moguer: El Descubridor, aún le quedaron fuerzas suficientes para, el año 1535, al mando de una expedición de 3 navíos portugueses descubrir la Isla Diego García, de la que sólo haremos, a modo de despedida, una breve reseña: esta isla que empezó siendo de Portugal, (1535-1580), después de Francia, (1580, 1815), y desde 1815 de Inglaterra, (1815, -) que se la tiene arrendada desde 1966, por un período de 50 años, o sea, hasta el 2.016 al ejército de los EE:UU, empezó a poblarse en 1776, o sea, tres años después de morir Jorge Juan y Santacilia, cuando unos empresarios franceses se hicieron cargo de la gestión de una colonia de leprosos en la isla, a cambio de poder instalar en ella una fábrica de aceite de copra, o sea, de aceite de médula de coco, que atrajo a indios y africanos de Mauricio, que afincaron su descendencia en la Isla.

La isla Diego García, es algo así como un granito de arena en el ombligo del Océano Índico, a mil millas náuticas de la costa sur de la India y a dos mil kilómetros de isla Mauricio que estaba predestinada por su configuración y emplazamiento a salir del anonimato, a poblarse



y a ser conocida en el mundo entero. El salto decisivo y de calidad lo dio, en 1961, cuando militares estadounidenses la seleccionaron como soporte físico y estratégico de la Base Militar que querían montar en el Océano Índico, a modo de “torre vigía”, solitaria y alejada de las rutas aéreo-navales convencionales, para detectar tránsitos y conflictos bélicos en África oriental, Próximo y Lejano Oriente o en el estrecho de Ormuz, por donde pasan más de 15 millones de barriles de crudo al día.

En la isla Diego García se encuentran hoy día, las instalaciones con las que coopera EE.UU., a nivel mundial, con la Red de Vigilancia Espacial, dotada de un potente telescopio Geodss, última generación para detectar con exactitud objetos en el espacio y, de una de las cinco estaciones mundiales de control de la Constelación de los Satélites del GPS, junto a las de isla Ascensión, Hawai, Kwajalein y Colorado Springs y, lógicamente, de la Base Militar propiamente dicha. GRACIAS

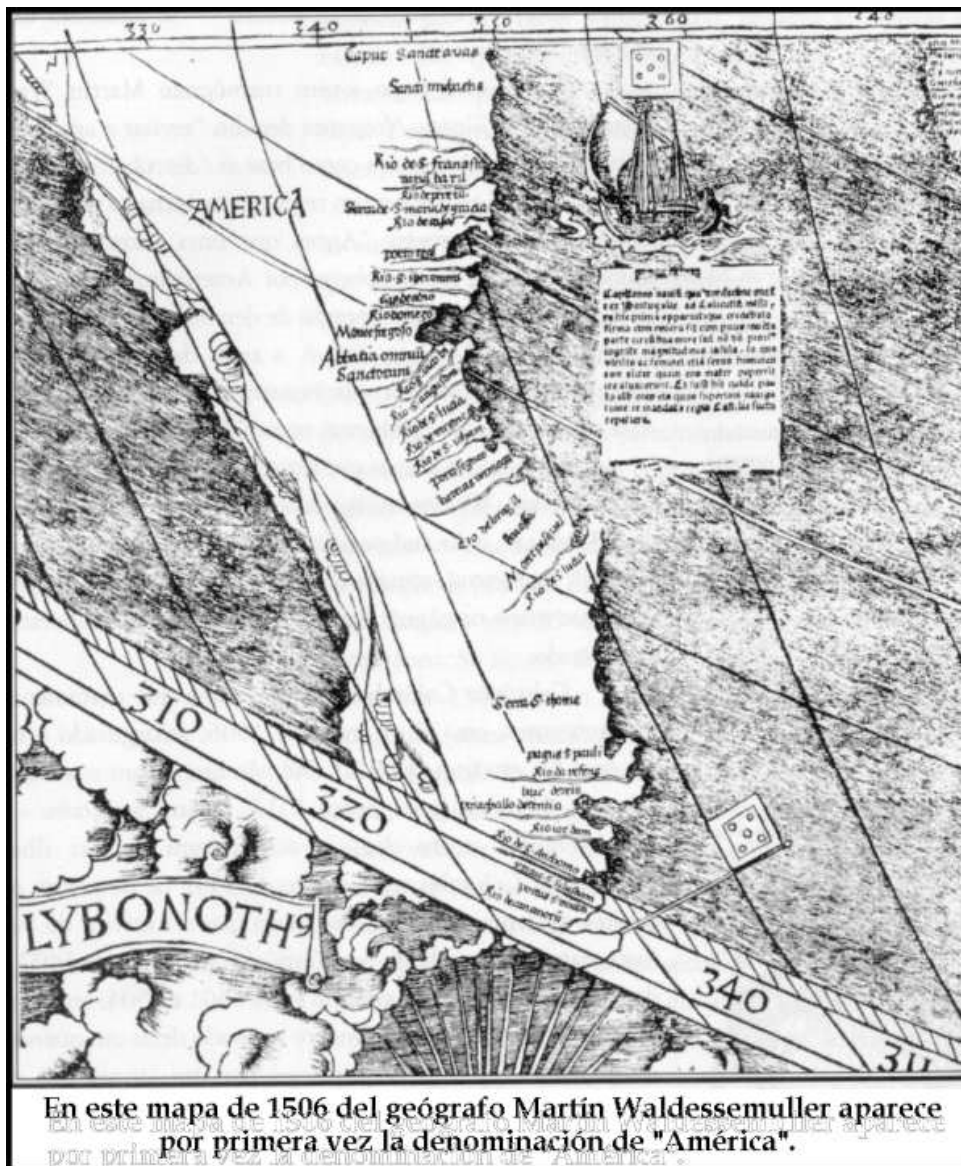


Nave del siglo XVI



Diego García Castaño

(PARA LA ASAMBLEA AMISTOSA LITERARIA 21 - 10 - 2009)



DIEGO GARCÍA DE MOGUER:

“EL DESCUBRIDOR”

